

PRESENTACIÓN Y RESEÑA DE LIBROS

Presentación del libro: “Sujeto en Escena; El significante Psicoanalítico”

de la Dra. Myrta Casas de Pereda,
320 páginas, Ediciones Isadora,
Montevideo, 2007.

por Luis G. Campalans*
en APA, el 7 de mayo de 2008**

En primer lugar quiero agradecer la invitación de Myrta Casas de Pereda para ser uno de los presentadores de su nuevo y bienvenido libro “Sujeto en escena” en nuestro medio psicoanalítico. Ello constituye para mí un inmenso gusto a la vez que un importante desafío; no solamente por su prestigio como analista y por el entraña-

ble lazo de cariño que nos une desde “toda la vida” sino también por lo difícil y exigente de su lectura.

Más allá de un eventual estilo narrativo ello acontece por la trascendente complejidad de la tarea encarada por la autora: la caracterización, revisión y ampliación de un concepto clave de nuestro

* Miembro de la Asociación Psicoanalítica Argentina. E-mail: info@apa.org.ar

** Esta presentación es parte de una mesa que estuvo también integrada por la Dra. Raquel Zak de Goldstein (APA).

campo: el del significante psicoanalítico o bien el del significante en psicoanálisis. El adjetivo de “psicoanalítico” ya está diciendo de que no se trata de la dimensión significativa propiamente lingüística, semiótica o bien universitaria en el sentido de Lacan, sino de una dimensión específica de nuestra clínica “lenguajera” al decir de Braunstein. Especificidad a partir de la cual se construye otra igualmente decisiva: la del sujeto en psicoanálisis.

Se puede decir entonces que la cuestión del significante psicoanalítico es la columna vertebral de “Sujeto en escena” y que cada uno de sus módulos y capítulos en mayor o menor medida, directa o indirectamente remiten a él. Para darle un sello original y particular a su reflexión sobre esta decisiva cuestión Myrta Casas apela al recurso de la semiótica y en particular a la que funda Charles Peirce en el siglo pasado para luego articularla con sus filiaciones y transferencias conocidas: Freud, Lacan y Winnicott.

Ya existían referencias a Peirce en otros autores psicoanalíticos; por caso el mismí-

simo Lacan en el Seminario 9 “La identificación” de 1961/62 y también en el Seminario 19 “O peor” de 1971/72, aunque apelando más al Peirce lógico aristotélico que al semiólogo en el camino de establecer sus fórmulas de la sexuación. Aún así puede considerarse que Myrta Casas es cabalmente su introductora más consecuente en la literatura psicoanalítica internacional. En rigor de verdad esto ya había sucedido en el último capítulo de su anterior libro “En el camino de la simbolización” publicado en 1999 y respecto del cual este nuevo texto puede ponerse en continuidad.

Dejando constancia que nuestros conocimientos e información acerca de la obra de Peirce son escasos y fragmentarios nos interesa sobretudo entender y seguir el derrotero del pensamiento de la autora.

Creemos que Myrta teoriza a través de Peirce como el signo, no ya el de Saussure, adquiere su cualidad de significante y encuentra en su perfil triádico (icónico, indicial y simbólico) el fundamento lógico para sostener con rigor

la extensión o ampliación de la noción de significante en su aspecto puramente formal a las diversas materialidades con que se presenta en nuestra clínica: palabras, gestos, actos, dibujos, tonalidades de la voz, etc. Resulta así apropiado hablar de “valor significante” para poder “escuchar” las múltiples formas del “decir” del deseo inconsciente. Pero además y ello tal vez sea lo más trascendente y original del texto, hay un apoyo en el signo Peirciano para pensar el estatuto de la “marca”, “huella” o “inscripción” psíquica” (véase por ejemplo la lectura que se hace en varios pasajes de la carta 52 de Freud). A partir de ello surge lo que podríamos llamar una “hipótesis semiótica” de la estructuración subjetiva y más allá Myrta Casas se autoriza para pensar “con los tres de Peirce” el cambio subjetivo en el análisis y los efectos de la intervención analítica en el marco transferencial. Hay al respecto además una referencia a esa rica noción Peirciana de “semiosis infinita” a la que se le aplica la resignificación “a posteriori” freudiana concluyendo que la significación no es un estado sino una

operación en movimiento. Pueden emparentarse con ello los conceptos freudianos de repetición y de perlaboración, la idea del anudamiento y desanudamiento de registros, la de “metáfora viva” acuñada por la autora y da lugar a los diferentes gerundios que el texto articula, en especial el “va siendo” del sujeto barrado por la falta en ser que irá arrojando un saldo real que insistirá en no “real-izarse” al decir de Myrta.

Pero establecida la cuestión de “¿qué se escucha o se lee?” a partir de lo que otorgamos valor significante surge la no menos clave de “¿cómo se lee?” en psicoanálisis. Si se trata de una lectura alfabética, por el sentido o si se parte del significante en su literalidad sin sentido. La posición inaugural de Freud (y la del analista) frente al saber inconsciente es la de “docta ignorancia” y de allí el fundamento de la apelación al relato y/o al juego. Esto va a implicar que no hay saber previo respecto del sujeto del inconsciente que sería la excepción o lo singular que hace estallar el sentido y las reglas lingüísticas o semióticas, así como rompe las de la

anatomía médica. De esta forma entendemos lo que Lacan termina afirmando en “Radiofonía”: “Mi decir de que el inconsciente está estructurado como un lenguaje no pertenece al campo de la lingüística”.

Sobre todo esto nos obliga a pensar el texto de Myrta y al respecto me remito a una síntesis brillante: “la simbolización (o bien la subjetivación) no se trata del saber ni del conocimiento” (Pág. 38). Allí se juegan -dicho literalmente puesto que eso solo “se ve en la cancha”- las diferencias en la dirección estratégica y ética de una cura; entre una clínica de la indicación o la educación que tiende a dirigir una vida respecto de una clínica de la escucha que aspira al cambio subjetivo.

Si el recurso entusiasta a la semiótica y a las tríadas Peircianas es notable en las conceptualizaciones de la autora no resulta menos notable que jamás pierde su meta ni su ubicación buscando “hacerlas trabajar dentro de la especificidad psicoanalítica” (Pág. 36). Va para volver, una y otra vez, remedando acaso el bucle de la pulsión: “Este (el significante) para el psicoanálisis, a diferen-

cia de la lingüística o de la semiótica, está habitado por el sujeto y su deseo inconsciente” (Pág. 15). Ese “habitar el significante” no solo nos da alojamiento sino que nos atraviesa y en particular el cuerpo. Allí habita el sujeto dividido, habitan sus goces, incluyendo el teatro y la poesía, habita el agujero del objeto faltante que causa el deseo y habita su anudamiento a la ley; a ese “decir que no” señalado por Myrta que acota las pasiones mortíferas del narcisismo.

Lejos entonces de una suerte de “psicoanálisis pragmático” por así decir, Myrta Casas “usa” a Peirce casi en el sentido winnicotiano del “uso de un objeto”. Desmenuzándolo y con algo de invento o creación da cuenta de su escucha, de su hacer, de su compromiso, diría que apasionado con la clínica analítica y en particular con la clínica analítica con niños. Se incluyen al respecto algunas viñetas clínicas que como analistas sabemos que son únicas, fugaces e irrepetibles, como todo momento de emergencia subjetiva.

Muy sucintamente quiero hacer ahora un recorrido por algunos capítulos en particular. En el capítulo sobre la semiótica Peirciana nos resulta notable la constante referencia a una lógica de elementos triádicos irreductibles e indisolubles y a la vez dinámicos (primeridad, segundidad, terceridad; icono, índice y símbolo, etc.) Intuitivamente resulta tentadora la articulación a las tríadas irreductibles de Lacan y desde luego a la triangularidad freudiana (también da cuenta de ello el capítulo 4 “Freud semiótico”).

El capítulo 3 “El significante psicoanalítico” nos ayuda a romper falsas dicotomías como “palabra vs. acto” o bien “palabra vs. imagen” respecto del valor significante ya que ello no se refiere a la representación como tal sino a la capacidad o posibilidad de representar, puesto que la pulsión no tiene representación como tal sino representante(s). Del objeto solo tenemos predicados o “Vorstellung-repräsentanz” como Myrta nos recuerda con Freud.

En el módulo II comenzando por la “Estructuración subjetiva” se retoman por un

lado conceptos claves del libro anterior “En el camino de la simbolización” tales como la desmentida estructural y se evidencia nuevamente la capacidad de Myrta Casas para articular en el crisol de la clínica desarrollos de Freud, Lacan y Winnicott; por ello ha sido siempre muy reconocida fuera de fronteras tanto geográficas como ideológicas. Por otro lado si bien el sujeto adviene entre significantes, la subjetivación ya no es situada solo en el registro simbólico sino como un anudamiento y desanudamiento borromeano de los tres registros, ubicándose la autora con ello en un Lacan posterior al del “primado de lo simbólico”.

Los ejemplos de casos clínicos dejan ver el telescopaje de la escena fantasmática (mitos, novelas, recuerdos, teorías sexuales, síntomas) en donde el sujeto se presenta velado con su advenimiento en la escena analítica transferencial sostenida por la función “deseo del analista”. A ese respecto el capítulo más logrado es justamente el “Del acto fallido” mostrando que esa función poco tiene que ver con las

amables intenciones de la persona que la encarna y dejando ver la complejidad de las relaciones entre esa persona y aquella función. El caso clínico da cuenta también de esa doble vertiente de pérdida y sustitución, de esa doble faz inherente al efecto o cambio subjetivo y sobre lo que el texto insiste en varios pasajes.

La clínica con niños parece mostrar los procesos de subjetivación e identificación por así decir “a cielo abierto”, al igual que la indispensable impronta de los índices del Deseo del Otro así como también sus estragos.

A propósito de ello puede citarse el capítulo 12 sobre “El desamparo del desamor y la depresión en la infancia”.

“Ideales”, “Adolescencia” y el módulo final son capítulos que incursionan también en los debates interdisciplinarios sobre la post modernidad y el aflojamiento de las ataduras simbólicas con sus actuales efectos en las presentaciones clínicas, en particular el pasaje al acto y el acting out.

Nos gustaría mencionar también lo que no sabríamos si llamar íconos o índices del

discurso de Myrta Casas; marcas cifradas que le dan su perfil y configuran su estilo, condensando un despliegue que queda para el lector. Por ejemplo: “El otro-Otro”; “la realización de lo real”; el agregado de la transferencia al “clásico” listado de las formaciones del inconsciente o la firme inclusión de la figurabilidad junto a la metáfora y la metonimia para que haya “sujeto en escena”.

En suma, se trata de un texto que nos exige pensar para entenderlo, seguirlo e interrogarlo, así como Myrta Casas confirma ser una analista siempre preocupada por la rigurosidad que enmarca su práctica así como intensamente involucrada en la apuesta al significante en transferencia y a la cura que se opera a través de esa apuesta. Esto adquiere aún mayor relevancia en un contexto internacional donde se fortalecen las resistencias al psicoanálisis; no ya las explícitas del “afuera” sino sobretudo las implícitas, bajo el ropaje de la modernidad, provenientes del seno mismo de las organizaciones analíticas.

Sólo nos resta desearle

muchos éxitos a este libro y a su autora, los que seguramente cosechará y que merece largamente; entre otras razones porque ha puesto en él no solo lo mejor de su amplia experiencia como analista sino también, y ello me consta, porque ha entregado en su gestación lo mejor de sí misma.

Presentación del libro:
“Sujeto en Escena; El significante
Psicoanalítico”

de la Dra. Myrta Casas de Pereda,
320 páginas, Ediciones Isadora,
Montevideo, 2007.

por B. Miguel Leivi*
en A.P.de B.A., el 6 de mayo de 2008**

Prácticamente ocho años han pasado desde el 10 de mayo del año 2000. En aquella ocasión, casi en la misma fecha que hoy, hace tanto más tiempo que lo que los fríos números del calendario parecen indicar, tuve la oportunidad de presentar en este mismo lugar el libro anterior de Myrta Casas de Pereda, “*En el camino de la simbolización. Producción del sujeto psíquico*”. Heme aquí, pues, en-

frentado a la singular circunstancia de haber sido nuevamente invitado por Myrta a dar la bienvenida a esta nueva producción suya, el libro cuya aparición estamos saludando hoy. Ya le he hecho saber a Myrta mi admiración por la osadía que supone esta nueva invitación. ¿Por qué la reincidencia? ¿Compulsión de repetición? Si ése fuera el caso, estaríamos en plena dinámica incons-

* Dr. Miembro de APdeBA

** Esta presentación es parte de una mesa que estuvo integrada también por el Dr. Rodolfo Moguillansky (APdeBA).

ciente; encontrarme entonces quizá elevado a la categoría de una especie de nueva formación del inconsciente no deja de ser para mí, verdaderamente, un nuevo motivo de orgullo. Algo de lo real debe estar operando en este retornar al mismo lugar.

Porque al fin y al cabo es la repetición, en sus distintas facetas, cuya marca parece insinuarse en lo señalado, lo único que hace posible algún encuentro de ese real esquivo cuya imposible búsqueda motoriza todo empeño, desde los más logrados hasta los que resultan frustrados; es lo único que permite calibrar una trayectoria, si la hay. Ya que, dado que nos estamos ocupando de un nuevo libro, ¿quién no puede evocar sin mayor dificultad tantas obras escritas en las que sólo parece hacerse presente la simple insistencia de lo mismo, la pura repetición lograda de lo que alguien, no importa quién, alguna autoridad reconocida o el propio autor, ha desarrollado previamente? A pesar de las apariencias, no hay ahí tiempo transcurrido ni camino recorrido. Es que el Pierre Menard de Borges no es sólo un personaje de ficción. O cuando, a la

inversa, ya sea por afán de originalidad o por temor de repetir, se encara algo que se presenta como una novedad radical, sin relación con nada de lo anterior, ¿no ocurre con frecuencia que, perdido todo punto de referencia, resulte difícil, o a veces imposible, estimar el valor de la presunta novedad? Excepción hecha, claro está, de aquellos casos, que no son muchos pero los hay, en los que verdaderamente se trata de una novedad radical, que por sí sola inaugura una nueva temporalidad y nuevos trayectos por recorrer.

La repetición que cuenta es entonces aquella que no se propone recrear la identidad con lo repetido, la tranquilizadora reproducción de lo mismo, sino la que, por el contrario, busca hacer surgir en la repetición misma lo diferente, lo distinto; es la que, volviendo una y otra vez al punto de partida y abriéndose una y otra vez a la novedad – que sólo puede surgir en el seno de la repetición –, consigue apresar y articular en sus idas y vueltas algo de lo incógnito.

Con esto estamos plenamente en la nueva obra de

Myrta. Desde el propio título de su libro anterior ella nos hacía saber que estaba en camino, “*En el camino de ...*”, un camino que ella estaba transitando en tiempo presente; mejor dicho, en gerundio, en un avance en curso abierto al futuro. Se trata de una carretera que sin dudas sigue trajinando, en un gerundio permanente; en el seno de ese recorrido, “*Sujeto en escena ...*” surge como un alto en el camino, como un nuevo punto de referencia que permite, entre tantas otras cosas, volver la vista atrás para apreciar el camino andado.

Mi repetida condición de lector privilegiado me pone así en situación también privilegiada para hacer el intento de trazar una visión panorámica del camino recorrido entre uno y otro libro, del trayecto que media, que separa y reúne, uno y otro hito, del valor del tiempo transcurrido, que por cierto no lo ha hecho en vano. Permítanme entonces también a mí repetirme.

Dije en aquella ocasión anterior que aquél no era un libro fácil, que “*no se presta a una lectura rápida, ni es adecuado para quien busque*

principalmente información práctica, indicaciones o recetas de orden técnico o clínico. Y no porque falten en él ni la clínica ni la técnica”. Los mismos conceptos valen, a mi juicio, para la presente obra. Complejidad de las cuestiones en juego, afán por examinar cada problemática abordada en sus distintas facetas, preocupación por explorar nuevas articulaciones y nuevos terrenos conceptuales, fidelidad a un estilo que no intenta diluir las dificultades de las temáticas tratadas; todo ello se reúne para hacer de “*Sujeto en escena ...*” una obra que requiere del lector trabajar junto al texto, junto con su autora podría decir, “*las ideas que allí se desarrollan, en permanente intercambio con las propias, interpelándolas y siendo interpelado por ellas, teniendo que poner en juego los propios conceptos y articulaciones*”. Me estoy citando nuevamente, pero ocurre que esto sigue teniendo plena validez, ahora como antes.

Al adentrarse en su contenido, tampoco es difícil reconocer algunas de las cuestiones que constituyen las guías principales de las investigaciones y

reflexiones de Myrta, ideas fuerza que sostienen y orientan la búsqueda. Podemos encontrar, en un listado en absoluto exhaustivo, ideas centrales tales como:

- el psicoanálisis como práctica discursiva, producto del lenguaje encarnado en el cuerpo, articulación imposible que produce un sujeto, “*ya que hay un sujeto inconsciente que los signos determinan y que son también determinados por un sujeto deseante*”.

- una concepción ampliada del discurso, imprescindible para nuestro trabajo, en el cual “*no sólo cuenta el efecto de sentido de la palabra dicha o escrita [...] sino también todo lo que ella no dice [...] el efecto de ‘no sentido’ que emerge [...] las tonalidades de la voz, las pausas, las señales de amor, odio, admiración [...]*”.

- tal noción del discurso permite incluir en él el juego infantil – “*el niño discurrea desde los objetos*” –, la acción adolescente – “*un hacer, como antes era el jugar, que son modos de decir*” –, la dimensión de la puesta en escena, el gesto, la imagen, lo dado a ver. Todas estas manifestaciones son reu-

nidas en su valor significante.

La noción misma de significante –a la que dedica un extenso capítulo completo, ‘*Significante psicoanalítico*’– resulta, en la conceptualización de Myrta, singularmente ampliada: “*En el discurso escuchamos al significante psicoanalítico en su complejidad de gesto, mirada, palabra, tonalidades, valor significante que emerge en todas y cada una de las formaciones del inconsciente, sueño, lapsus, acto fallido y transferencia*”.

- la preocupación de fundamentar metapsicológicamente sus postulaciones, teniendo en cuenta que “*todo psicoanálisis es metapsicología en escena*”, por lo que “*la cura psicoanalítica requiere una y otra vez la reflexión sobre los dinamismos que subyacen a la puesta en escena transferencial [...] De ahí la necesidad de retomar algunos conceptos fundamentales*”. Esto lleva a la autora a revisar las nociones más básicas referidas a la organización del aparato psíquico y la estructuración subjetiva.

- la ineludible necesidad de pensar la organización del apa-

rato psíquico y la estructuración del sujeto en el seno de una alteridad fundante. Esta perspectiva resulta ineludible en cualquier circunstancia, a partir de los más tempranos estadios de la estructuración psíquica. Desde este enfoque se destaca, en la *acción específica* que produce la *experiencia de satisfacción*, la función imprescindible del *semejante auxiliador* (el *otro* en tanto semejante), que responde desde su deseo inconsciente (el *Otro* operando a partir de su deseo inconsciente). Las inscripciones que se producen de los representantes pulsionales, representaciones de cosa y de palabra, que marcan el umbral de lo psíquico y que no son sino inscripciones significantes, dependen de la respuesta de ese *otro-Otro*. Esta nominación, que reúne en una unidad ambas facetas de la alteridad, la del semejante auxiliador y la de su deseo inconsciente, y que es una creación de Myrta en este libro, articula en forma explícita los desarrollos teóricos de Freud con los de Lacan y –dicho sea de paso– refuta el supuesto carácter *solipsista* de la teorización freudiana del aparato psí-

quico y de su modelo pulsional. En el otro extremo, en el dispositivo analítico, el analista va a ocupar ese mismo lugar estructural del Otro fundamental y de su deseo, deseo de analista en su caso. Para decirlo con las palabras de Myrta:

“Describo así lo ineludible del semejante auxiliador y su deseo inconsciente, otro-Otro, para que acontezca la inscripción psíquica tal como Freud lo describe en la experiencia de satisfacción, tomando el modelo oral de la pulsión. Otro encarnado y simbólico presente en las funciones parentales, que decantan naturalmente en el otro social, del que depende precisamente la socialización y la cultura y, claro está, en el analista, que asume en transferencia el ámbito imaginario, real y simbólico con el que se presta a ser ese otro-Otro”.

Si los enumerados constituyen algunos de los ejes conceptuales que jalonan el trayecto entre uno y otro libro a modo de constantes estructurales, se pueden encontrar también otros ejes, programáticos éstos, que son testimonios de un esfuerzo sostenido por un proyecto, un proyecto ahora realizado cuyo

producto es la obra que tenemos hoy entre manos. Es quizá aquí donde se pueden encontrar las mayores novedades que este nuevo libro trae.

Queda dicho con esto que la articulación Freud-Lacan no es en sí misma novedosa en la trayectoria de Myrta, aunque resulte singularmente ampliada y profundizada en "*Sujeto en escena*", ya que se trata de una línea de trabajo y de investigación centralmente presente en su libro anterior. Al final de la Introducción de aquel libro Myrta señalaba que "*con el texto final dejo abiertas las vías del trabajo que espero poder seguir transitando. La inclusión de la semiótica en la perspectiva de Peirce, más articulada en el último capítulo, es parte de una ardua tarea de investigación que aún estoy llevando a cabo*". Pues bien: lo que en aquel momento era propósito, anhelo, intención, pura posibilidad, es ahora una realización cuyos resultados - seguramente no finales ni definitivos- singularizan de manera particular "*Sujeto en escena ...*", y constituyen, a mi juicio, un original y valioso aporte a la conceptualización de nuestras

teorías y de nuestro trabajo clínico, particularmente para quien -como ocurre en mi caso- ignora casi por completo las teorizaciones de Charles Sanders Peirce, creador de la semiótica, por no hablar de su articulación posible con los desarrollos psicoanalíticos. Creo que la gran novedad de este libro es, precisamente, la inclusión y la articulación, en un verdadero trabajo de orfebrería, de los conceptos de Peirce en la teorización psicoanalítica.

Quien se interne en la lectura de este libro podrá enterarse, entre tantas otras cosas, de que en el pensamiento de Peirce "*lo triádico constituye su modo natural de expresión. Propone permanentes tríadas de relaciones que incluyen la potencial sustitución mutua entre ellas, puesto que determinan relaciones de sustitución*". Nadie ignora que las estructuras ternarias están también presentes de manera destacada en Freud y, obviamente, también en Lacan; aunque nadie ignora tampoco que las mismas no son directamente superponibles. Pues bien: creo que también en el pensamiento de Myrta puede observarse este

mismo tipo de organizaciones ternarias, de conceptos y también de autores con los que dialoga. Si en el primer libro el eje central pasaba por *“releer a Freud de una manera enriquecedora”* a partir *“del estudio de la obra de Lacan”* y de *“los aportes de la obra de Winnicott”*, en la presente obra de lo que se trata es de releer a Freud y a Lacan con *“los aportes de la semiótica pragmática de Peirce”*.

Diría que, entre uno y otro extremo del recorrido, se ha producido una especie de deformación topológica en la que, sin cortes que modifiquen la estructura general de la construcción, los espacios relativos y las relaciones entre ellos han cambiado. La tríada Freud-Winnicott-Lacan – en ese orden – ha dejado lugar a la tríada Freud-Lacan-Peirce. Este último autor, cuyo lugar estaba antes apenas insinuado de manera programática, ha devenido un apoyo fundamental de los desarrollos conceptuales de Myrta; a la inversa, el lugar de Winnicott, aunque en absoluto ha desaparecido, se ha reducido proporcionalmente, posiblemente porque Winnicott

comparte menos que Lacan con Peirce algunos pilares conceptuales orientados por la lógica y los desarrollos topológicos, que interesan particularmente a Myrta.

Se equivocaría quien pensara que la novedad del libro consiste en la sumatoria de los conceptos de un nuevo pensador, en una especie de crecimiento por aposición y por una apertura y extensión de nuestra disciplina hacia afuera, hacia campos vecinos con los cuales hay sectores comunes de interés. Nada de eso. Creo que uno de los mayores méritos del trabajo realizado es el de haber integrado profundamente las ideas de Peirce en la reflexión sobre las problemáticas de las que el psicoanálisis se ocupa, el de haber virtualmente convertido a Charles Sanders Peirce en un autor psicoanalítico más, y no menor por cierto. Caracterizaría la creación de Myrta como la compleja articulación borromeica de los conceptos de Freud, de Lacan y de Peirce, de un modo tal que, en sus formulaciones – las de Myrta – los tres anillos – los de Myrta: Freud, Lacan, Peirce – se requieren mutuamente de

manera inextricable. No puede por supuesto dejarse de lado el cuarto elemento, el que mantiene unido el conjunto, sólo que en este caso no se trata de lo real del vacío central, sino de la realidad del trabajo de Myrta, artífice de este nuevo anudamiento. Suprímase alguno de ellos, y toda la estructura se desintegra. Vaya un pequeño ejemplo, tomado casi al azar de las páginas del libro: “*Lo icónico, en tanto se define como lo posible (una sensación, una imagen), se articula con lo indicial, que implica la experiencia con un objeto, de lo cual deriva un símbolo. De lo informe, de lo posible (real), y siempre dependiendo del deseo del Otro en la experiencia con el objeto, que implica una pérdida, lo cual alude a lo indicial, se imaginariza un sentido dado en un signo que, en tanto símbolo, supone una sustitución acontecida, una metáfora realizada que permite su inclusión en lo simbólico*”. Otro ejemplo: “*Los aportes planteados desde la semiótica por Peirce nos permiten repensar el significante psicoanalítico, donde lo simbólico anuda imagen y*

palabra con un real que habilita la constitución dinámica del anudamiento borromeo. Esta perspectiva permite una lectura diacrónica y sincrónica del acontecimiento psíquico, donde el a-posteriori tiene cabida (construcción de sentidos). Amplía, además, la dimensión del discurso en psicoanálisis, donde el gesto o el movimiento (juego) resultan significantes y diagraman gramaticalidades (valor icónico e indicial del significante), pues reúne el sentir, la experiencia y un significado donde circula el deseo”. Formulaciones complejas, sin ninguna duda, que se tornan claras y plenas de interés para quien acepte el desafío de acompañar los desarrollos del libro.

Con este bagaje teórico, las novedades y los aportes abundan: desde considerar al significante psicoanalítico en su conformación borromea, “*icónico, indicial, y simbólico [...] (con) un lado de real imprescindible que se adjetiva en el agujero de la articulación*” – y luego, más sintéticamente, “*significante tripartito*” –, hasta proponer la

sustitución del modelo freudiano de la sucesión de transcripciones de la *Carta 52* por la articulación borromeica de las huellas mnémicas, representaciones de cosa y de palabra – *“sustituyo la idea de transcripción por la de anudamiento”* –, pasando por considerar el objeto transicional winnicottiano como *“un significante plasmado por un lapso en una concreción referencial icónica”*, o por agregar un nuevo objeto, *“el contacto, lo cenestésico”*, al conjunto de los objetos de la pulsión. Nuevamente, sólo he tomado algunos ejemplos casi al azar.

El libro tiene lugar también para otras cuestiones, algunas más cercanas a la clínica, como la depresión en la infancia o la problemática actual de la adolescencia, temas de interés permanente para Myrta, o como el acting-out, la puesta en escena transferencial y el pasaje al acto en tanto dimensiones inevitables del trabajo habitual. El lugar del analista en el dispositivo analítico es merecedor de especial atención. Su posicionamiento *“en el lugar del otro parental, con su falta en ser, su barramiento, donde*

se propone como el otro-Otro de la historia del paciente” – o sea, operando desde su deseo inconsciente, deseo de analista, y no desde su saber – da lugar a ejemplos clínicos donde se ve a una analista incluyendo en su trabajo tanto un acto fallido suyo en una sesión – entendiéndolo como *“un instante de real no reconocido que aparece sin saberlo y sorprende”* –, como su propia afectación y angustia – *“desconcierto e impotencia”* – ante una manifestación directa de odio transferencial. Los ejemplos son elocuentes del valor que implica su inclusión y su recuperación en tanto efectos discursivos.

Pero también hay lugar para otros temas, de índole más general aunque en absoluto secundarios, abiertos a una reflexión más amplia acerca de la cultura actual y sus repercusiones sobre nuestro trabajo, tales como la crisis contemporánea de los ideales y sus efectos en las configuraciones identificadorias; la preeminencia de la imagen, de la apariencia y lo superficial, como evitación defensiva de la complejidad de los determinantes culturales; el

desfallecimiento de la función paterna y la endebles de la organización familiar, así como los efectos traumáticos del terror político y la violencia social, con las consecuencias de todas estas condiciones sobre la subjetividad y, en particular, sobre la subjetivación adolescente; e incluso una muy interesante discusión con Michel Foucault sobre – entre otras cuestiones – el complejo de Edipo, en la que sólo cabe lamentar que Foucault no pueda responder. No puedo más que enumerar estos temas, que serían inabarcables en esta presentación, ya excesivamente extensa, cuyo momento de concluir me parece que se impone.

Creo que la perspectiva que he privilegiado, la de la mirada atrás, la del *a-posteriori* de la temporalidad propiamente psicoanalítica, que reúne en un mismo paréntesis de tiempo dos momentos que están separados en la linealidad del tiempo objetivo pero que, sin embargo, ejercen influencias causales recíprocas, no es la única posible. Tampoco sé si es la más interesante. Sólo es la que se me impuso a mí, en mi carácter de formación del inconsciente,

producto de la insistencia repetitiva. De esto he querido brindar testimonio. Pero este nuevo libro es, además, un acontecimiento en sí mismo. Su valor no depende exclusivamente de los sentidos retroactivos que produce, sino de lo que en sí mismo representa, del contenido que expresa, de las ideas y conceptos a los que da concreción. Y, por supuesto, del valor heurístico que tiene, en un camino que no se cierra sino que sigue abierto al futuro, en las nuevas vías que estos mismos desarrollos contribuyen a iniciar. Vías que sin dudas Myrta seguirá transitando, y seguramente tendremos noticias de los nuevos puntos de referencia que balizarán ese camino; pero que no tendrían por qué quedar limitadas a su sola iniciativa. El valor seminal de las ideas expuestas en el libro sobre sus lectores, aquéllos que acompañen estos desarrollos y contribuyan a ellos con sus propios aportes, será sin dudas uno de sus mayores logros. Quiero por eso concluir esta presentación recibiendo con un cálido saludo la aparición de “*Sujeto en escena*”.